

Abro el alma y descubro la inmensidad

Me levanto bajo el cielo de Madrid,
con una profunda tristeza dentro de mi.
Está en las capas más profundas,
en aquel lugar en el que se guarda todo aquello que dejas pensando
que si no lo ves no existe,
y que si no lo piensas y sientes,
desaparecerá.

Pero sigue ahí, latente;
como unas brasas que no alumbran,
pero que te queman incesantemente.

Y me descubro a las seis de la mañana leyendo Neruda,
como si pudiera encontrar una cura en esos versos
que un día alguien escribió con la misma herida de bala que tengo yo.

Dicen que la cura de todo es siempre el agua salada:
el sudor, las lágrimas o el mar.

Pero a pesar de haber llorado hasta la saciedad,
no me siento curada,
incapaz de sudar por ninguna causa.

Caigo en la cuenta de la grandeza de lo insignificante,
y es ahí donde descubro que se equivocaron con la conjunción,
el mar nunca es una opción.

Esto es una carta al mar,
o quizás una carta del mar.

Pues lo mismo somos y de lo mismo venimos,
porque tengo un gran pedazo de mar en mi corazón.

El mar visto desde esta ciudad interior,
es un poema en silencio,
un canto de amor,
el amor de aquello donde todo nace y todo termina.

Abro el alma y descubro la inmensidad,
del mar,
tal vez no, ¿qué importa en realidad?

Como dice Neruda,
*“Necesito del mar porque me enseña:
no sé si aprendo música o conciencia:
No sé si es ola sola o ser profundo”.*